

Dios o el Diablo en la VII Cumbre de las Américas: Una polémica sobre la participación de la «sociedad civil» cubana

—• Por Pablo Argüelles Acosta •—

La VII Cumbre de las Américas, celebrada en Panamá entre los días 10 y 11 de abril de este año, contó por primera vez con la asistencia de Cuba, excluida de las anteriores convocatorias. Además del segmento dedicado a las reuniones entre los máximos líderes políticos de la región, acontecido en esas fechas, con días de antelación se llevaban a cabo actividades colaterales: el Foro de sociedad civil y actores sociales, el Foro de jóvenes de las Américas, el Foro empresarial y el Foro de Rectores de las Universidades de las Américas. Asimismo, tuvo lugar de modo paralelo la llamada Cumbre de los pueblos, un encuentro alternativo acaecido desde ediciones precedentes de la cita entre los gobiernos de la región.

La participación cubana en los foros colaterales estuvo compuesta por dos delegaciones de la llamada sociedad civil: una integrada por representantes de varias organizaciones e instituciones cubanas que acudía a esa sede luego de haber celebrado reuniones preparatorias en la Isla; mientras que otra delegación estaba compuesta por figuras de la disidencia política en nuestro país, algunas de las cuales llegaron a Panamá luego de un periplo por países extranjeros.

A solo unos días de culminada la Cumbre, Fernando Ravsberg, periodista uruguayo radicado en Cuba, desde donde ha trabajado para medios de prensa internacionales y ha publicado por varios años el blog *Cartas desde Cuba* (cartasdesdecuba.com), daba

a conocer en este sitio y en el de la revista *OnCuba* su artículo «La sociedad civil y el debate», un comentario crítico sobre la participación cubana en los diferentes foros de la Cumbre. Como asunto principal de su atención, contrasta la civilidad mostrada entre los presidentes de Cuba y Estados Unidos con la violencia escenificada en los encuentros entre las «sociedades civiles cubanas» —«[la] enviada desde La Habana» y «[la] fletada desde Miami»— calificando estos últimos incidentes como ejemplos del pasado, en camino de superarse en el nuevo contexto de acercamientos entre los dos gobiernos a partir de las declaraciones del 17 de diciembre de 2014. Su visión de los hechos discrepa de la ofrecida por los medios de prensa en Cuba y, tan pronto admite como posible causa de esta divergencia su carácter de extranjero, refiere opiniones y declaraciones de representantes de los diversos sectores de la población que expresaron de una u otra manera su inconformidad con lo acontecido (una vecina, «importantes intelectuales comunistas» o Francisco Rodríguez Cruz, periodista de *Trabajadores*), una unanimidad («no encontré ningún cubano, [...], que apoyara el intercambio de patadas», subrayado nuestro) opuesta a las personas entrevistadas «en el noticiero de la TV». Censura asimismo el «lado de Miami» por su elección de los representantes de la «sociedad civil» y a los «disidentes cubanos», quienes, a pesar de abogar por métodos pacíficos de

lucha, aparecieron acompañados de consuetudinarios promotores de la violencia. Los presidentes, por su parte, se mostraron dispuestos al diálogo a pesar de sus diferencias ideológicas y políticas manifestadas en el mismo escenario. Con esta actitud concuerdan, según Ravensberg, «la mayoría de los estadounidenses, los emigrados y los cubanos que viven en la Isla, [la] gente común, los que no pretenden inculcar sus ideas a nadie, los que son capaces de convivir con quienes piensan diferente, los que no se creen dueños de la verdad». Argumenta cuánto se ha avanzado continentalmente en la solución de conflictos como la guerra civil en Colombia y el diferendo entre Cuba y EE. UU, gracias a este modo pacífico de enfrentar los antagonismos. La alternativa de «nosotros no dialogamos con nuestros enemigos», supone para el periodista un «suicidio político» en estas nuevas circunstancias.

Un par de días antes de la aparición de «La sociedad civil y el debate», Amílcar Pérez Riverol, conminado por un amigo —en términos tajantes de «con Dios o con el Diablo»— a tomar partido a propósito de estos incidentes «con las delegaciones de cubanos, [que no] delegaciones que representan a Cuba», había publicado un trabajo en *OnCuba* donde llamaba a superar los fundamentalismos y las posiciones de trinchera, en favor del diálogo y el reconocimiento de las diferencias.

No obstante la coincidencia de criterios entre estos dos trabajos, publicados en un mismo medio de prensa, fue el de Ravensberg el que concitó inmediatas réplicas y cuestionamientos. La notoriedad de su carrera periodística —objeto frecuente de interpellaciones polémicas desde las más diversas perspectivas de opinión, que suelen situarlo en sus antípodas recíprocas y lo acusan de servir a intereses de encontrada naturaleza (como «propagandista del gobierno cubano» al decir de Miriam Celaya —en su «condición de cubana y blogger alternativa»—, o de estar a sueldo de una trasnacional de la información como la BBC cuando, en cambio, cuestiona a ese gobierno)—,

pero también el tono más lapidario, menos personal, de su trabajo en comparación con el de Pérez Riverol, lo hicieron, quizás, objeto preferido de tales críticas.

Elier Ramírez Cañedo se siente obligado a responder a Ravensberg desde su condición de miembro de la delegación cubana, «expresión de nuestra verdadera sociedad civil», y testigo de los «tensos y complejos» momentos vividos. Califica como superficiales y alejadas de la realidad las opiniones del periodista sobre la participación de esa delegación. Sostiene, convencido, la influencia ejercida en esta tergiversada visión por la difundida a través de los «grandes monopolios de la comunicación», perspectiva reproducida acríticamente en «La sociedad civil y el debate». No solo le había faltado seriedad e indagación, sino que también desde ese texto se había contribuido a la manipulación de lo sucedido. Ramírez Cañedo enumera una serie de desaciertos, imprecisiones y omisiones en el trabajo que comenta: el error en la sugerida participación de la delegación en el altercado ocurrido en el parque frente a la embajada cubana en Panamá, de cuyo desencadenamiento responsabiliza a «un puñado de mercenarios junto al asesino del Che»; la falsedad del retiro de la delegación de los espacios de debate, a no ser de los protocolares «por respeto a los presidentes»; la ausencia de violencia física por parte de sus integrantes, incluso hacia provocadores que los interpellaron «con alusiones injuriosas a nuestros líderes y a nuestra patria»; el trato discriminatorio hacia algunos, el propio Ramírez entre ellos, a quienes se les entorpeció la participación en varios foros, a diferencia de los «mercenarios», los cuales gozaron de acceso expedito y privilegiado; relata, en fin, un par de incidentes que pusieron de manifiesto la complicidad de los organizadores con los opositores. A renglón seguido, Ramírez Cañedo discute argumentos declarados por Fernando Ravensberg en su valoración de los hechos: el de la existencia de una opinión desfavorable de la población cubana hacia la actitud de la delegación, y el contraste aducido en el texto comentado entre el



Enfrentamiento físico durante la Cumbre de Panamá entre cubanos “oficialistas” y “mercenarios”

intercambio civilizado de los presidentes y la negativa a hablar con los enemigos, pues, aclara el autor de la respuesta, «[lo] que sí se reiteró es que no se dialogaría con mercenarios, que tienen la agenda de quienes les pagan. No son interlocutores creíbles», «no son una oposición o disidencia efectiva, ni siquiera una contrarrevolución auténtica». En resumen, se había abortado, en su criterio, la forzada pretensión de intentar conseguir en la Cumbre el acercamiento entre los gobiernos de Cuba y los Estados Unidos y la conciliación de los partidarios del régimen con la oposición interna.

Otros miembros de esta representación de la «sociedad civil» expresaron sus objeciones al mismo artículo, tanto como sus reproches al autor. Miguel Barnet da a conocer una carta dirigida a Elier Ramírez donde lo felicita por su respuesta y se vale de una metáfora recurrente en la polémica desde el texto inicial de Pérez Riverol, para aleccionar a Ravensberg, el cual «debería saber de una vez y por todas que quien quiere quedar bien con Dios y con el Diablo, le sirve la mesa al Diablo» y de paso le recomienda, citando un viejo adagio, «Conozca a Cuba primero...».

Por su parte, Yoerky Sánchez Cuéllar, periodista del diario *Juventud Rebelde*, discute críticamente algunas de las afirmaciones de «La sociedad civil y el debate». Infiere erróneamente que ahí se hubiera aseverado que «los representantes de la Isla a los

Foros paralelos eran solo “dirigentes de organizaciones de la sociedad civil”» (subrayado nuestro), cuando en realidad el artículo comentado refiere, sin excluir explícitamente a otros integrantes, que «por parte de Cuba fueron dirigentes de organizaciones de la Sociedad Civil, los cuales desconozco como se escogieron». El proceso de selección había corrido a cargo, según Sánchez Cuéllar, de «la Red de Derechos Humanos de Panamá, organizadora de los Foros paralelos», la cual había comunicado su aceptación por medio de correo electrónico. Como antes Ramírez Cañedo, recalca el contraste entre las dos representaciones de cubanos: la legítima, que viajó desde La Habana con el aval de «millones de hombres y mujeres de bien, expresado en foros previos en suelo patrio»; opuesta a la que había arribado a Panamá luego de giras por varios países, «vendepatrias» «que ofenden la propia tierra que los vio nacer». Sánchez Cuéllar había participado en la elaboración del tabloide *Mercenarios en Panamá*, presentado en la cumbre, en donde se ofrecían pruebas de la falta de autonomía política de los opositores, a los que califica de «huérfanos de ideas, [que] no soportan ningún debate». Sostiene que la delegación de la que formó parte no había recurrido a la violencia («[la] respuesta nuestra nunca fueron los golpes, sino el Himno Nacional y la Marcha del 26 de Julio») ni eludido la discusión, aunque ratifica la oposición al diálogo «con mercenarios» y a los intentos de urdir un acercamiento entre los dos grupos, que, citando un símil de una colega, habría supuesto «invitar a una misma mesa de trabajo a las madres de la Plaza de Mayo y a los asesinos y cómplices de la muerte de sus hijos».

Esta serie de cuestionamientos al texto de Ravensberg, y, quizás, las denuncias más directas a su competencia como periodista, incitaron la reacción de otras personas preocupadas por la posible concertación de un escenario de censura y descalificación. Silvio Rodríguez, en «Mi sincera opinión», publicado en su blog Segunda Cita, invoca el anhelo por muchos de un periodismo inconforme y lo contrasta con la natura-

leza de tales críticas, que califica de «ataque simultáneo», «caerle en pandilla a Fernando Ravsberg», «el linchamiento de un periodista crítico», que «puede parecer campaña, reminiscencias de quinquenios grises y parametraciones, acto de repudio innecesario y contraproducente, además de injusto». Se pregunta sobre la calidad de la difusión dada en los diferentes medios a los acontecimientos en Panamá —incluso él, participante en el evento, reconoce que no posee toda la información— y discute la inclinación a desautorizar automáticamente la cobertura noticiosa de los hechos desde fuentes internacionales. Antes de concluir, reprocha los usuales intentos más o menos velados de descalificar a Ravsberg con alusiones a su nacionalidad, «como si tal cosa fuera una impedimenta» y advierte: «Ojo con el nacionalismo a ultranza». El cantautor Amaury Pérez suscribe, en un comentario a este texto de Silvio Rodríguez, tanto los criterios de este como los de Fernando Ravsberg, «sin dejar por fuera, como si no tuvieran peso y valor, los que puedan no coincidir con nosotros». Se opone por igual a la renuncia al debate y al uso de la violencia en la defensa de la opinión: «No quien más grita y golpea tiene más razón».

La contribución de Silvio Rodríguez a la polémica marcaría un nuevo frente de opinión, un desplazamiento en el régimen de autoridad de los criterios, al cual se refieren muchos de los que con posterioridad participan de la discusión. Bajo el seudónimo Siro4el se publicó una entrevista apócrifa a Fernando Ravsberg, «Pongámosle alegría al debate: “John Wayne frente a una tribu de indios Sioux”», reseña y sátira de lo acontecido en la polémica hasta ese momento y en donde se califica de «tremendo cabo» la intervención de Silvio Rodríguez, pues «a Silvio sí que la gente lo escucha y le quiere! [...] Además, Silvio también estuvo en Panamá. ¡A él sí que no le pueden hacer un cuento chino!»

Para Harold Cárdenas Lema el debate comenzaba «a tomar también espíritu de confrontación hasta que Silvio Rodríguez nos recordó [...] quién

es el verdadero enemigo». Su artículo, «¿De Patria o Muerte?», prefiere, antes que la réplica directa a los argumentos vertidos en textos anteriores, un análisis de su justificación de acuerdo con el desarrollo de los acontecimientos. El modo en que los organizadores habían concebido el foro de la sociedad civil en la Cumbre, condicionó, en su criterio, la conformación de una delegación en Cuba con la cual se siente identificado —califica en otro momento de «provocación repudiable» la presencia de la otra delegación—, mas reconoce que «quizás no cubría todo el espectro de pensamiento en la sociedad cubana». Duda, no obstante, de la madurez de la situación política en nuestro país para lograr una representación más inclusiva —el término mismo de sociedad civil «estaba proscrito hasta hace muy poco y secuestrado por la “disidencia”»—, pero aspira a que puedan tener continuidad debates abiertos sobre actores políticos y sociales. Al considerar el comportamiento de la delegación que viajó desde la Isla, arguye que su propia naturaleza («con más experiencia en marchas del pueblo combatiente y poca en escenarios internacionales») y el desarrollo de los acontecimientos condicionaron, salvo excepciones, la falta de ecuanimidad y sutileza. En un contexto donde tiende a predominar la ausencia de polarizaciones marcadas, Cárdenas Lema aspira se puedan lograr consensos por medio del diálogo, aunque se muestra escéptico sobre la capacidad actual para llevarlos a cabo.

Iroel Sánchez participa ampliamente de la polémica e interviene inicialmente con «¿Quiénes son nuestros compañeros? (Parte I: ¿Víctimarios, o víctimas?)», publicado en dos entregas en su blog La pupila insomne. En la primera refuta, sin declarar la fuente, algunas de las opiniones de Silvio Rodríguez sobre las críticas a «La sociedad civil y el debate», en descargo de los que las habían formulado. Discute las alusiones a «linchamientos» y a «reminiscencias de un pasado gris», la existencia de una confabulación contra Ravsberg, hacia quien, entiende, se habían dirigido tales reproches con un respeto que el propio

Sánchez confiesa «no profes[a] hacia el aludido». Sitúa en el primer plano de su invectiva las motivaciones y la integridad de este periodista, de quien aduce había igualado, recibiendo remuneración de un medio de prensa y en coincidencia con una campaña internacional, a «terroristas y sus amigos» con los miembros de la delegación que asistió a la Cumbre desde Cuba. Los que habían replicado, en cambio, lo hacían espontáneamente, sin recibir un centavo, desde bitácoras personales. El paralelo establecido por Silvio Rodríguez con anteriores etapas de «censura institucional» como el «Quinquenio gris», no estaría justificado en estas circunstancias en las cuales se había expresado el desacuerdo a título personal y públicamente; ante tales comparaciones el articulista de *La pupila insomne* lamenta la posibilidad de pasar de un régimen de censura como el aludido a uno de autocensura «que deje el espacio libre a la manipulación y la mentira por temor a ser acusados sin fundamento de querer desenterrar el extremismo y la intolerancia». Hace partícipe al redactor de *Cartas desde Cuba* de una trama de descalificación —se pregunta sobre la propiedad de considerarla un «linchamiento»— contra «la delegación cubana a los foros paralelos de la Cumbre en Panamá, no desde un blog sino desde un medio de comunicación donde Ravensberg es editor».

La atención a este periodista se extiende a la segunda entrega, «¿Quiénes son nuestros compañeros? (Parte II y final: La hora de ni con esto ni con aquello)», en donde se citan anteriores trabajos aparecidos en *La pupila insomne*, testimonios de supuestas inconsistencias y tendenciosidad en el desempeño periodístico de Fernando Ravensberg, quien «ha sabido aprovechar inteligentemente vacíos y errores de la prensa cubana y que no tuviera el predicamento que tiene si nuestra prensa fuera la que debe ser». El perfil se completa con la imputación, fundada en varios ejemplos presentados ad hoc, de un proceder taimado y oportunista a lo largo de su carrera, manifiesto en el contraste entre algunos de

los temas tratados y los supuestamente evadidos en sus artículos, en la elección de los medios de prensa para los que ha trabajado, e incluso, se afirma, en la maquinación de las circunstancias que habían llevado a la cancelación de su contrato como corresponsal de la BBC («[c]uando se sintió bien colocado desde BBC Mundo, Ravensberg pasó el límite que sabía no le iban a permitir y puso en escena su salida de allí como un acto de valentía y censura por su posición crítica hacia Estados Unidos»). Como resumen de esta caracterización se asevera que «[n]o es su nacionalidad extranjera, sino quién le paga y la coyuntura política lo que condiciona lo que Ravensberg escribe». De vuelta al análisis de su participación en el debate en torno a lo sucedido en la Cumbre de Panamá, se le presenta como agente en la promoción de una «tercera vía», una «equidistancia», en consonancia con el cambio de estrategia política de los Estados Unidos hacia Cuba. De tal «hora de ni con esto ni con aquello», como señala el título, participa Ravensberg con un reiterado cuestionamiento del grado de representatividad de las delegaciones que asistieron a la Cumbre, en términos con frecuencia categóricos, como cuando le comenta a Harold Cárdenas Lema en el blog *La Joven Cuba*, en Facebook: «Es que solo va la sociedad civil que apoya totalmente al gobierno y la que lo rechaza de forma drástica. Lamentablemente en Cuba aun no hay espacio para la mayoría de los cubanos que se ubican en medio de esos extremos» (citado en esta segunda entrega de «¿Quiénes son nuestros compañeros?», subrayado nuestro). Como colofón, Sánchez reitera su oposición a la victimización del autor de *Cartas desde Cuba* a manos de «los jóvenes que han sido descritos por él en equivalencia con terroristas, asesinos y asalariados de EE.UU. y a quienes cuestionó su representatividad»; y defiende el derecho de estos a réplica sin que se vean acusados de ser «cazadores de brujas».

El desempeño profesional de Ravensberg juega en cambio a su favor, a juicio de Manuel David Orrio, quien suscribe los comentarios de Silvio Rodríguez

e insiste en la necesidad de un periodismo más crítico y autocrítico enfocado en la diversidad de temas relegados antes que en ripostar con tanta frecuencia a ese «uruguayo “aplatanao”». Cita algunos de los trabajos de Ravensberg como contribuciones —aisladas a veces— al esclarecimiento de la justicia de varios hechos: un momento en el proceso judicial seguido contra los cinco cubanos prisioneros en los Estados Unidos, el desalojo de una familia habanera o «lo que justamente denominó “el crimen de Mazorra”». Para terminar, reconoce el derecho a discrepar de los enfoques de este periodista, pero reclama respeto recíproco para un colega con el que compartiría la trinchera convencido de su integridad ética.

Aurelio Alonso ofrece sus consideraciones acerca del desarrollo de los acontecimientos en torno a la Cumbre y una valoración de las condiciones del debate en un extenso comentario reproducido en *Cartas desde Cuba*, tomado del blog Segunda cita de Silvio Rodríguez. Le preocupa la calidad de la preparación de la delegación que desde Cuba había asistido al evento. Objeta la falta de un debate público previo que alcanzara la opinión de la ciudadanía, limitada luego al ejercicio pasivo de la aprobación. Alonso propone un análisis diferenciado ante la posibilidad de la existencia de dos agendas opositoras enfrentadas, una organizada por el gobierno de los Estados Unidos y otra «emanada de la presión de la mafia de Miami». Aunque apoya las reacciones de los miembros de la delegación que asistió desde Cuba, sugiere algunas medidas que habrían evitado la confrontación más violenta. Al formular estos criterios, asume conscientemente el riesgo de ser considerado partidario a la vez de Dios y del Diablo, y, en adición, defiende el derecho de Ravensberg a expresarse, al análisis de sus opiniones sin imponer la premisa de juzgarlo un opositor. En cuanto a esta figura, propone asimismo un acercamiento capaz de advertir las diferencias con respecto a la naturaleza de la oposición; reconoce como una tarea pendiente «encontrar el umbral de tolerancia plausible para el disenso». De acuerdo con

Alonso, la posibilidad de encontrar espacios y vías para administrar la confrontación ideológica, no debe verse limitada siquiera frente a la obstrucción de quienes, desde los Estados Unidos, debían ser contraparte de una reconciliación, pero que repudiaban enfáticamente al presentar en la Cumbre no solo «al asesino del Che» o al «“opositor”» sino que de uno exhibían «la foto con el cadáver» y al segundo lo retrataban con «el terrorista».

La actualidad y lo controversial de la presencia de las delegaciones en la Cumbre de Panamá y los diversos temas de discusión que estos acontecimientos concitaban, indujeron a otras voces a expresarse, instigadas, quizás, por la polémica misma. Su participación en el debate lo autoriza, sin embargo, no la referencia explícita a un texto anterior, sino su tácita intervención en la discusión, manifestada en el contraste o la afinidad con los asuntos examinados y las posiciones declaradas, y, sobre todo, porque a estas voces se haría alusión luego como cita o evidencia en los artículos contendientes. Deberíamos admitir, en rigor, como parte de la polémica, una amplia variedad de comentarios «in situ» a los textos aquí reseñados, sobre todo los que declaran argumentadamente juicios personales de sus autores más allá de la simple aprobación o censura del texto glosado. Como recurso paliativo a esta exclusión voluntaria intentamos hacer referencia a esos comentarios cuando a ellos se alude en los textos que conforman el «núcleo» de la polémica, conscientes de la arbitrariedad en la que podemos estar incurriendo al alegar este «principio de cohesión».

Ariel Montenegro, con criterios afines a los enfrentados a Ravensberg, prefiere presentar, antes que el análisis detenido de las razones concurrentes, un alegato personal que no oculta la emoción desde el título mismo de su trabajo. Responde a comentarios recibidos a propósito de un artículo suyo aparecido con motivo de la «piñacera en Panamá [...] entre cubanos y cubanos». Se declara en contra de «trifulcas y gritería», pero defiende el principio de que «hay gente con

la que no hay nada que hablar». Confiesa su antipatía por la política de los Estados Unidos respecto a Cuba y alude a un catálogo de agravios históricos a cuya reparación condiciona el cambio de su opinión hacia el gobierno de ese país. Sin embargo, aunque hace la salvedad de que «debería darse más voz y oídos a voces que quieren lo mejor para Cuba aunque crean que el rumbo político actual no es el adecuado, porque personas dignas hay de todas las tendencias», se muestra irreconciliable hacia los cubanos que han apoyado o participado de la política de hostilidad hacia nuestro país.

Jorge Gómez Barata reflexiona a propósito de la pertinencia de adoptar la terminología de los organismos internacionales para denominar fenómenos, entidades o agentes que caracterizan la organización del sistema social cubano. Gobernabilidad, pobreza o democracia serían términos de controvertida aplicación a esta realidad, pues incluso en las localidades más desfavorecidas del país, los índices educacionales o de salud, por ejemplo, contradicen la calificación de pobres a sus habitantes; o porque, a pesar de no cumplir con los «criterios de la ONU» que definen la democracia (elecciones directas para presidente o alcalde, separación de poderes o prensa privada), «hasta ahora nada de eso era relevante. La Revolución cubría las carencias». Del mismo modo y tocando un tema de discusión a lo largo de la polémica, cuestiona la denominación de organizaciones no gubernamentales (ONGs) de la «sociedad civil» a «las megaestructuras verticales, centralizadas, [...] que desde siempre formaron la columna vertebral del aparato de poder revolucionario en Cuba, como la Central de Trabajadores, los Comités de Defensa de la Revolución, la Federación de Mujeres Cubanas y la Asociación Nacional de Agricultores Pequeños». Los cambios socio-económicos propuestos en Cuba y el nuevo escenario en las relaciones internacionales a partir del acercamiento con los Estados Unidos disponen un proceso de integración con las estructuras internacionales, y

Gómez Barata se pregunta cuál debe ser el alcance de estas transformaciones cuya definición «corresponde a la vanguardia política cubana, especialmente al Partido gobernante y al Estado, asistidos por la intelectualidad política cubana, que debe opinar y ser escuchada». En particular rechaza denominar como ONGs a las organizaciones mencionadas, pues aduce que su actual sistema de funcionamiento a nivel internacional «tienen más defectos que virtudes, son más un instrumento de la derecha que de la izquierda».

Sobre la «sociedad civil», su definición y autonomía, discurre además Jesús Arboleya, quien repasa sucintamente antecedentes históricos en la conceptualización de esta entidad social y analiza el grado de independencia del que ha gozado en los diferentes sistemas socio-políticos con respecto a los poderes dominantes en cada época. En el caso de la sociedad cubana con posterioridad al triunfo de la Revolución en 1959, Arboleya señala un principio de estructuración caracterizado por la defensa frente a las agresiones de Estados Unidos. No obstante, al ejemplificar las agrupaciones establecidas en estas circunstancias, menciona, junto a la creación de algunas con una declarada misión defensiva como las Milicias Nacionales Revolucionarias o los Comités de Defensa de la Revolución, al «ejército de alfabetizadores de 1961» cuyo cometido fundamental había sido el educativo. Coincide con Gómez Barata en lo inapropiado de asimilar tales organizaciones —establecidas «en simbiosis con el Estado revolucionario», «depositario del poder popular»— a los «patrones occidentales» de independencia del poder estatal, con el propósito de acreditarlas. Aboga, sin embargo, por la necesidad de reformas en la conformación de la sociedad civil cubana «para superar deformaciones conceptuales y burocráticas» y para adaptarse a las nuevas realidades y las «exigencias que impone la construcción de nuevos consensos». La existencia de un debate nacional en curso con esta finalidad renovadora requiere, desde su punto de vista, formas más efectivas de

participación y una mayor difusión. Asimismo, la influencia de las nuevas tecnologías de la información y las comunicaciones promueve en su criterio un nuevo escenario del que se habrían beneficiado principalmente los «grupos disidentes», con apoyo norteamericano, presentados en el contexto internacional como los «representantes», quizás exclusivos, de la sociedad civil cubana. Sin pretender negar la pertenencia de tales grupos a esta última, Arboleya enumera algunas objeciones a su legitimidad: la imposibilidad de aceptar la existencia de esa sociedad en Miami, donde debía ser considerada parte de la estadounidense —un argumento que entendemos contradice quizás la amplia experiencia de asociaciones cubanas en el exterior, contempladas históricamente como parte de la tradición y la identidad nacional—; la falaz «independencia del estado» cuando estas agrupaciones reciben el apoyo político y financiero del gobierno de los Estados Unidos; y su participación en una estrategia de empoderamiento de la oposición política en la Isla que entraña una agresión a la soberanía nacional. Con tales objeciones justifica este autor el rechazo al diálogo con los grupos disidentes cuando, por otro lado, se acepta la negociación entre los dos gobiernos «en un ambiente de respeto e igualdad, como corresponde a estados soberanos».

Amílcar Pérez Riverol publica en *Cartas desde Cuba* una nueva contribución a la polémica, «La Guerra Innecesaria», en donde propone una tipología valorativa de algunas de las posturas en la discusión. Aduce una «[f]iebre de auto-legitimización» en aquellos que se empeñan en cuestionar la autenticidad de la «sociedad civil» de la oposición en Panamá, a la cual «la mayoría de los cubanos que conozco no le otorgan [...] crédito alguno»; una actitud que, por otra parte, excluye a los que no se sienten representados ni por este grupo ni por la falta de civilidad en el rechazo a su presencia. Discute el «binarismo ideológico», ejemplificado en la máxima enunciada por Miguel Barnet de «quien quiere quedar bien con



Fernando Ravsberg

Dios y con el Diablo, le sirve la mesa al Diablo» y la estima como fundamentalista, al tiempo que declara su derecho a la elección de un credo sin que por ello se vea cuestionada la bondad de cada quien. Alude a la invectiva en el título del trabajo de Ariel Montenegro y la califica de bravuconería de dominó, «una hermosa parte de ese tipo de paisajes» en su criterio, pero, contraproducente como estrategia si se considera que, continuando con la metáfora del dominó, en la actual situación cubana «el campeonato se gana, [...], poniendo sobre la mesa fichas ordenadas, duras; no nipinguismos». Discute en fin una «taxonomía de la dignidad», a partir de la reiterada afirmación de que «hicimos lo que cualquier cubano digno hubiera hecho», ofensiva y excluyente para Pérez Riverol, pues entiende tan digno el rechazo a «dialogar con terroristas» como la oposición a que este se lleve al extremo de las injurias y los chirridos.

A partir de esta segunda intervención de Pérez Riverol en la polémica sucedería un intercambio de mensajes entre él e Iroel Sánchez, acontecido en el mencionado blog de este último. Uno de los comentarios de un lector al texto de Sánchez «¿Quiénes son nuestros compañeros? (Parte II y final: La hora de ni con esto ni con aquello)», hacía una referencia elogiosa al de Pérez Riverol y reclamaba el reconoci-

miento de la alternativa por él defendida, opuesta a la vez al diálogo con terroristas y a la violencia de los que desde Cuba habían viajado a Panamá y decían «representar a la sociedad civil cubana». Interesado en establecer la identidad del autor del comentario (comosoycubano), Sánchez concluye, a partir de la correspondencia entre la localización de red desde donde se originó el mensaje y el lugar de estudios declarado en la página de Facebook de Pérez Riverol, la coincidencia de ambos; culpa al comentarista por la falta de modestia y lo censura en similares términos que a Ravensberg: «[e]jemplar la ética de quienes nos pretenden dar lecciones de civismo y lucidez igualando víctimas y victimarios». Comosoycubano le reprocha a Sánchez su tendencia a prestar atención a los autores antes que a las obras y refuta la asumida coincidencia, pues de la misma localización de red hacían uso varios amigos del autor, familiarizados con sus trabajos. Pérez Riverol, interviene por su parte haciendo constar que no le interesan las réplicas con argumentos *ad hominem*. Admite que puede no haber dejado claro en sus trabajos que, cuando censuraba a los miembros de la delegación cubana no opositora, no era su intención ser absoluto. Se opone a aceptar la supuesta equiparación de víctimas con victimarios, y aclara que su referencia a «extremos que están a nada de tocarse», en el primero de sus artículos, aludía a los «extremos que se mostraron [en] aquellas situaciones».

Habida cuenta la profusión de referencias a «La sociedad civil y el debate», a la autoridad del propio Ravensberg, este publica un artículo como continuación del anterior en donde comenta algunas de las opiniones suscitadas hasta esa fecha. Recuerda haberle dado cabida en su propio blog a algunos de esos trabajos («los que consideramos más serios y no repetitivos») y califica este gesto, con respecto a los más críticos, como «lo único honrado que toca hacer en un debate». El saldo resultante de esta diversidad de opiniones, alega, demostraba uno de los principales criterios expuestos en el trabajo anterior,

la disconformidad de muchos con la actuación de la «sociedad civil» en Panamá; asimismo recalca la ausencia de este punto de vista en la cobertura ofrecida por la prensa en Cuba, la cual difundió una «ficticia “unanidad”» (más adelante se refiere a una Mesa Redonda sobre el caso en la televisión donde se omitieron los juicios discrepantes). Reseña críticamente algunas de las objeciones que se le hicieran y juzga el artículo de Ariel Montenegro como el «más honesto» por lo enfático de su rechazo al diálogo con la oposición mercenaria y violenta; no obstante se pregunta si, en consecuencia, Raúl Castro debió haber respondido de igual manera ante Obama, «el hombre que más guerras hace en el mundo, matando cientos de inocentes con sus drones y bombardeos». Reconoce, incluso, la opinión de quienes aprueban las resoluciones de la delegación, y por lo tanto se resisten al diálogo con los opositores, pero disienten de la forma de enfrentarlos. El mayor consenso se había dado, según Ravensberg, en torno al rechazo a la proyectada imagen del pueblo que apoya a la Revolución. Se pregunta a propósito si, en caso de haber sido víctimas de una provocación tramada con antelación, no se pudiera haber previsto esta situación para evitar los enfrentamientos.

En respuesta a esta segunda versión de «La sociedad civil y el debate» acudió Yosvani Montano, otro delegado que asistió desde Cuba a los foros paralelos de Panamá. Se muestra extrañado por cuanto Ravensberg no presta atención a ninguna de las «objetivas [y] sólidas» réplicas recibidas, al tiempo que cuestiona la validez del criterio aludido por este para darles cabida a esas críticas en su propio blog. Reprocha una vez más la omisión de una contestación al artículo de Elier Ramírez, donde además de desmontarse «una por una las manipulaciones de su primer texto», se había confirmado la no participación de la delegación cubana en los sucesos frente a la embajada cubana en Panamá, por lo que califica como un acto de manipulación el haber presentado, para ilustrar la primera de estas publicaciones dedicadas a la

«sociedad civil», una foto de los enfrentamientos. Lo conmina a responder a las imputaciones de Iroel Sánchez en «¿Quiénes son nuestros compañeros?» acerca de la cobertura que a lo largo de su carrera periodística había hecho Ravensberg de «la falsa “sociedad civil” pagada desde el exterior», la que pretendía ser legitimada en Panamá, pues a partir de esta denuncia quedaba planteado en el debate el tema de la independencia que cabe esperar de ese periodista con respecto a una agenda de promoción de la «sociedad civil mercenaria» por la «maquinaria mediática», el cual exponía la falta de honradez del imputado al evitar la respuesta. Montano refuerza su reconvención al autor de «La sociedad civil y el debate» con alusiones irónicas a su objetividad y reproches a su falta de autenticidad (como «amante de la polémica», por ejemplo) que, como señala en algún momento, lo ha llevado «a ser procesado moralmente» en el debate. Finaliza diciendo que, con su actuación, la delegación de la cual había formado parte no había hecho nada que pudiera avergonzar al pueblo cubano, de quien admite haber recibido su afecto recíproco, a despecho de las referencias negativas esgrimidas por Ravensberg.

Cartas desde Cuba recoge una nueva intervención en la polémica, «La sociedad civil y el debate (III)», desde donde se reclama escuchar a la diversidad de la discusión más allá de la reiterada mención a su autor. Como testimonio de esta desproporcionada alusión, se cita a Javier Ortiz, quien se había preguntado en las redes sociales: «¿Por qué todo esto me parece una cruzada contra Fernando Ravensberg y no un debate real sobre la participación de la *sociedad civil* de Cuba en la Cumbre de Panamá?» Otra vez se tocan algunos de los temas tratados, y se pondera la oportunidad, ofrecida desde el primero de estos trabajos, de recoger criterios ignorados por la prensa nacional compeliada a una falsa unanimidad. De ella se culpa no a los periodistas, sino a los directores de los medios y sus «torpes recetas que proyectan una pésima imagen mediática de Cuba». Si algunos habían pretendido

desencadenar una «cruzada digital», la diversidad de matices y criterios vertidos en los medios electrónicos a partir de la polémica la había hecho fracasar. A juicio de Ravensberg, las tensiones que pudieron aflorar no se debieron tanto al tema o las posiciones encontradas como «a la falta de entrenamiento en el debate, cuando este surge de manera horizontal y espontánea, sin una orden de “arriba”». Sostiene en definitiva la capacidad alcanzada por la sociedad cubana para fundar su unidad en la diversidad de opiniones y abandonar la mencionada unanimidad.

A este texto responde aún Iroel Sánchez con «Pelear imposibles, preguntas sin respuesta y planes contrapuestos». Afirma que con esta última entrega Ravensberg «ha abandonado su tesis inicial para terminar hablando de sí mismo». La ausencia de respuestas críticas —reclamadas expresamente, en el trabajo comentado, para las intervenciones de «Silvio, Amaury, Orrio, Gómez Barata, Harold Cárdenas, Arbolea o Aurelio Alonso»— se justificaba en que estos no habían equiparado «patriotas con mercenarios y terroristas, ni [...] reclamado un diálogo con estos últimos en paralelo al sostenido por los gobiernos de Cuba y Estados Unidos». Tampoco a los autores mencionados se les podía imputar haber prestado servicios a «la quinta columna que EE.UU. ha tratado de construir en Cuba a base de dinero y tecnología», como era el caso del gestor de *Cartas desde Cuba*, expuesto en «¿Quiénes son nuestros compañeros? (Parte II y final: La hora de ni con esto ni con aquello)». Sánchez concluye que la intención final de Ravensberg era un llamado a «pelearnos entre patriotas», diluida la intención inicial de atacar a «los revolucionarios cubanos que asistieron a Panamá» y reacio a encarar las críticas que se le hacían.

Lejos de las afiliaciones formales que acontecen en el seno de la sociedad civil (instancias o agrupaciones de variada eficacia que la concretan y visibilizan), el devenir de la polémica le permite mostrarse y autoevaluarse por medio del contraste de ideas, una de las fuentes irrenunciables de su estructuración, incluso

cuando conduzca a debates apasionados, como en este caso. Con mayor o menor insistencia, se ha manifestado en la mayoría de los polemistas la necesidad de encontrar nuevos espacios para el ejercicio de la opinión. Afirmaciones como: «[e]ste es el tipo de escritos que uno debe evitar a toda costa porque demanda una desnudez política que puede granjearse enemigos fácilmente» (Harold Cárdenas Lema), o la preocupación expresada por Iroel Sánchez acerca de la posibilidad de autocensura (dado el temor de alguno a ser juzgado extremista o intolerante), quizás perderían fuerza de estar garantizados esos espacios en los cuales las ideas, patrimonio común de la sociedad que debe sancionarlas, deberían alcanzar independencia de intenciones veladas, predominio sobre voluntades o personalismos, como contribución a la estabilidad y la coherencia, a la justeza de las normas que habrán de encauzar las relaciones sociales.

» Textos citados

Alonso, Aurelio, «Aurelio Alonso se integra al debate sobre Panamá», en <http://cartasdesdecuba.com/aurelio-alonso-se-integra-al-debate-sobre-panama/>, tomado de <http://segundacita.blogspot.com/> (22 de abril de 2015)

Arboleya, Jesús, «La sociedad civil cubana», en <http://progreso-semanal.us/20150423/la-sociedad-civil-cubana/> (23 de abril de 2015)

Barnet, Miguel, «Mensaje de Miguel Barnet, presidente de la UNEAC», en <https://dialogardialogar.wordpress.com/2015/04/17/mensaje-de-miguel-barnet-presidente-de-la-uneac/> (17 de abril de 2015)

Cárdenas Lema, Harold, «¿De Patria o Muerte?», en <http://eltoque.com/blog/de-patria-o-muerte> (21 de abril de 2015)

Celaya, Miriam, «Carta abierta a la BBC de Londres», *Voces*, agosto, 2010, pp. 30-34.

Gómez Barata, Jorge, «La sociedad civil cubana», en <http://www.cubanoierplano.com/2015/04/la-sociedad-civil-cubana.html> (19 de abril de 2015)

Montano, Yosvani, «Otra respuesta a Ravensberg», en <https://dialogardialogar.wordpress.com/2015/04/24/otra-respuesta-a-ravensberg/> y como «Ravensberg arremete de nuevo contra nosotros» en <https://lapupilainsomne.wordpress.com/2015/04/24/ravensberg-arremete-de-nuevo-contra-nosotros/> (24 de abril de 2015)

Montenegro, Ariel, «¡Ni pinga!», en <https://westerncongr.wordpress.com/2015/04/19/ni-pinga/> (19 de abril de 2015)

Orrio, Manuel David, «Manuel David Orrio se suma al debate», en <http://cartasdesdecuba.com/manuel-david-orrio-se-suma-al-debate/> (22 de abril de 2015)

Pérez, Amaury, «[Comentario en el blog de Silvio Rodríguez, Segunda Cita, al post “Mi sincera opinión”]», en http://segundacita.blogspot.com.br/2015/04/mi-sincera-opinion.html?hc_location=ufi (21 de abril de 2015)

Pérez, Amílcar [seud. Amílcar Pérez Riverol], «La Guerra Innecesaria», en <http://cartasdesdecuba.com/la-guerra-innecesaria/> (23 de abril de 2015)

Pérez Riverol, Amílcar, «Ni con Dios, ni con el diablo: con Cuba», en <http://oncubamagazine.com/sociedad/ni-con-dios-ni-con-el-diablo-con-cuba/> (14 de abril de 2015)

_____, «[Comentario al post de Iroel Sánchez]», en <https://lapupilainsomne.wordpress.com/2015/04/23/una-proposicion-deshonesta/#more-48917> (23 de abril de 2015)

Ramírez Cañedo, Elier, «Mi respuesta a Ravensberg», en <https://dialogardialogar.wordpress.com/2015/04/17/mi-respuesta-a-ravensberg/> (17 de abril de 2015)

Ravensberg, Fernando, «La sociedad civil y el debate», en <http://cartasdesdecuba.com/la-sociedad-civil-y-el-debate/> y en <http://oncubamagazine.com/sociedad/la-sociedad-civil-y-el-debate/> (16 de abril de 2015)

_____, «La sociedad civil y el debate (II)», en <http://cartasdesdecuba.com/la-sociedad-civil-y-el-debate-ii/> (23 de abril de 2015)

_____, «La sociedad civil y el debate (III)», en <http://cartasdesdecuba.com/la-sociedad-civil-y-el-debate-iii/> (30 de abril de 2015)

Rodríguez, Silvio, «Mi sincera opinión», en http://segundacita.blogspot.com.br/2015/04/mi-sincera-opinion.html?hc_location=ufi (19 de abril de 2015)

Sánchez Cuéllar, Yoerky, «¿Ravensberg se va con la primera bola?», en <http://cambiosencuba.blogspot.com/2015/04/ravensberg-se-va-con-la-primera-bola.html> (17 de abril de 2015)

Sánchez, Iroel, «¿Quiénes son nuestros compañeros? (Parte I: ¿Víctimarios, o víctimas?)», en <https://lapupilainsomne.wordpress.com/2015/04/21/quienes-son-nuestros-companeros-parte-i-victimarios-o-victimas/> (21 de abril de 2015)

_____, «¿Quiénes son nuestros compañeros? (Parte II y final: La hora de ni con esto ni con aquello)», en <https://lapupilainsomne.wordpress.com/2015/04/22/quienes-son-nuestros-companeros-parte-ii-y-final-la-hora-de-ni-con-esto-ni-con-aquello/#more-48828> (22 de abril de 2015)

_____, «Una proposición deshonesto», en <https://lapupilainsomne.wordpress.com/2015/04/23/una-proposicion-deshonesta/#more-48917> (23 de abril de 2015)

_____, «Peleas imposibles, preguntas sin respuesta y planes contrapuestos», en <https://lapupilainsomne.wordpress.com/2015/05/05/peleas-imposibles-preguntas-sin-respuesta-y-planes-contrapuestos/> (5 de mayo de 2015)

com/2015/05/05/peleas-imposibles-preguntas-sin-respuesta-y-planes-contrapuestos/ (5 de mayo de 2015)

Siro4el (seud.), «Pongámosle alegría al debate: “John Wayne frente a una tribu de indios Sioux”», en <https://siro4el.wordpress.com/2015/04/21/fernando-ravsverg-me-siento-como-john-wayne-frente-a-una-tribu-de-indios-sioux/> (publicado en <http://cartasdesdecuba.com/pongamosle-alegria-al-debate-john-wayne-frente-a-una-tribu-de-indios-sioux/#comment-64975>) (21 de abril de 2015)

